

**EDWIN LUGO**

**EL HOMBRECILLO DEL PRATER**

**A Daniela de la Torre, esperando que su bondad de muchacha buena acoja con benevolencia la certidumbre de ser recordada.**

# El hombrecillo del Prater

No se ve bien sino con el corazón.  
Saint-Exupery.

La imperial ciudad de Viena está situada en la margen derecha del Danubio que en la cuenca de su nombre se une con el Wien. El extenso río está salvado por tres puentes, en tanto que cincuenta y tres cruzan el Donaukanal.

La cuna del que fuera el mayor imperio de Europa central, el Austro-Húngaro ostenta entre sus innumerables monumentos, palacios, templos, edificios históricos: la catedral gótica de San Esteban del siglo XIII y las también iglesias góticas de San Agustín, Santa María Gestade y Los Capuchinos donde descansan los restos de Maximiliano de Habsburgo quién fuera emperador de México, así cómo el suntuoso palacio imperial Hofburg, el Parlamento, el Ayuntamiento, La Staatsoper, el teatro imperial Burgtheater y el enorme palacio de Schonbrunn entre otros. Sus cuantiosas riquezas despertaron la codicia de los turcos que capitaneados por Solimán, apodado el magnífico, quién había invadido Belgrado, llegaron hasta sus murallas en 1589 y posteriormente en 1683.

La capital austriaca está rodeada por los bosques y praderas que inspiraron al célebre compositor Johann Strauss su inmortal vals “Cuentos de los bosques de Viena”; si bien muchos espacios verdes guardan a su vez una inolvidable tradición, entre ellos destaca el parque del Prater, donde María Vetserá la bellísima amante del príncipe heredero Rodolfo de Habsburgo, de sólo dieciséis años, paseó su romántica estampa antes de consumarse en el palacio de Mayerling el suicidio de la enamorada pareja, otra de las célebres visitantes debió haber sido la célebre emperatriz Sisi, musa de novelistas y poetas, y madre de tres niñas y un varón.

Sin embargo el Prater no siempre fue un paseo del pueblo, pues los Habsburgo elitistas cómo la mayoría de los aristócratas, lo habían destinado cómo su coto de caza y prohibían tajantemente que nadie disfrutara de aquellos parajes, y solamente hasta 1775, José II, el primogénito de la emperatriz María Teresa abrió liberalmente el parque a los vieneses, disposición que molestó mucho a la nobleza que no deseaba mezclarse con el pueblo, pero a tan absurda pretensión el democrático emperador respondió “*si quisiera estar rodeado solamente por gentes de mi condición, tendría que pasarme todo el día en la cripta de Los Capuchinos*”.

Desde entonces los vieneses comenzaron a acudir preferentemente los domingos y días de asueto a gozar de los lugares frescos y sombreados, donde pronto proliferaron pequeñas hosterías y puestos ambulantes en los que se vendía café, te, helados, frutas y pastelillos.

Se instalaron además barracas de tiro al blanco, en tanto que aparecía una turba de malabaristas, enanos, prestidigitadores, quirománticos echadoras de cartas, y hasta los consabidos fenómenos naturales o ficticios tales como la mujer más pequeña del mundo, el hombre más alto, el niño que nació con pelambre de primate, y algunos pequeños grupos de músicos callejeros que en busca de procurarse unas monedas, eran un divertido entretenimiento para los visitantes.

En 1840 se instaló el más antiguo carrousel de Europa construido bajo un baldaquino de madera, el cual en 1985 fue declarado patrimonio artístico-histórico, y que contiene caballitos de madera pintados de atractivos colores que incluso llevaban nombres propios cómo Elfi, Herbert y Karli, otro más era el cafafati. Que tenía como eje central un enorme chino con traje de mandarín, quién portaba una larga y delgada coleta negra, esta figura era la versión austriaca del polichinela “Wrustel”, por cuya ancestral imagen los vieneses sentían una extraordinaria afinidad espiritual, tal figura tragi-cómica, era perseguida por un cocodrilo cuyas fauces abiertas amenazaban destrozarlo, pero el héroe lograba evadirlo y terminaba convirtiéndose en un auténtico triunfador.

En 1897 con motivo de la exposición universal se hizo construir la famosa rueda de la fortuna, mecanismo gigante de 67 metros de altura, considerada en su época cómo la rueda panorámica más grande del mundo. El giratorio artefacto iluminado con foquitos de colores despertaba la admiración no sólo de los niños sino también de los adultos que no resistían los deseos de contemplar a sus pies entre chácharas y risas la musical urbe, mirando desfilas el trenecito llamado Liliputbahn que se deslizaba alegremente sobre sus rieles angostos entre las calzadas del parque, mientras los ruidosos viajeros consumían pepinillos en salmuera.

Las parejas preferían alejarse de las calzadas concurridas en busca de parajes solitarios donde susurrar sus confidencias tomadas de la mano o mejor aún rodeando con el brazo la cintura del compañero; pero otros paseantes preferían deambular por la avenida principal sombreada por una secular arboleda recta que conducía al merendero “Lusthaus” donde era posible degustar una porción del pastel de la casa, el “Guglhupf” adornado con pasas y nueces acompañado del indispensable café vienés, mientras observaban a los niños lanzar sus cometas de color que iban a columpiarse lejanamente sobre las torres de las iglesias o a caer sobre la multitud de tejados rojos y grises, mientras otros pequeños, a semejanza de Hansel y Gretel, se entretenían en esparcir migajas de pan para alimento de las palomas.

Cerca del parque dentro del mismo distrito diez llamado “Favoriten” se ubica una calle muy especial que forma parte del llamado Prater bohemio donde no falta alguna heurigen (taberna) y la cual va a descender en las suaves pendientes onduladas de la colina Laaberg, desde donde es posible disfrutar de la vista de la ciudad.

En el pasado el barrió albergó las miserables viviendas de los trabajadores extranjeros provenientes de Bohemia que inmigraban medio muertos de hambre y que eran destinados a fabricar ladrillos, trabajo ingrato que muchas veces efectuaban con las manos heridas de sabañones a cambio de un miserable salario, tan ruin explotación fue objeto de censuras de periodistas y escritores, quienes intentaban mejorar la suerte de los infelices extranjeros, pero que en resumidas cuentas poco o nada consiguieron con sus críticas.

A fines de la II guerra mundial un incendio acabó con el parque de atracciones, el cual fue reconstruido totalmente en 1948; y utilizado cómo escenario de la película “El tercer hombre”.

Por muchos años el Prater ha continuado siendo el refugio habitual de los enamorados, paseo obligado de las niñas conduciendo los cochecitos de los críos, aula de muchos estudiantes que ensayan memorizar párrafos enteros de libros que deberán recitar de memoria en los temidos exámenes, chiquillas riendo y saltando, y muchachos jugando a la pelota o a todo lo que su infantil imaginación les sugiere.

Pero también ha reunido a la gente más elegante de Austria y del mundo, con sus árboles cargados de flores y de pájaros, sus enjambres de mariposas multicolores posándose sobre las corolas de las flores; pero sobre todo ha sido el ideal lugar de reposo y descanso, de esparcimiento y relax; y en ocasiones, el paraje del silencio, de la nostalgia, de la tristeza, y hasta de la resignación.

El señor Franz Constantinescu era el operador y cuidador del tío-vivo vienés más grande, llamativo y por supuesto una de las más concurridas atracciones entre los aparatos mecánicos del Prater.

Sus compañeros lo llamaban simplemente *el rumano*, aunque no faltaban los maliciosos que a sus espaldas lo tildaban con el despectivo sobrenombre del *cojo*, sólo porque una cojera que el hombre se empeñaba disimular lo más que podía, lo obligaba a arrastrar la pierna derecha, cuyos huesos después de una espantosa caída habían soldado mal.

Franz era servicial y aunque en ocasiones se sumía en largos silencios, apenas se le llamaba acudía tan presuroso cómo se lo permitía su pierna medio inválida.

Vestía con un overol gris al igual que todos los trabajadores encargados de dar mantenimiento a los juegos, pero se presentaba impecablemente limpio a pesar de que una de sus funciones consistía precisamente en engrasar a menudo la maquinaria que generaba el movimiento giratorio del aparato, otro tanto era mantener tan brillantes cómo recién bruñidos los tubos de metal dorado incrustados en las figuras de caballitos, camellos, jirafas, borregos cimarrones, búfalos y hasta un pequeño elefante, sobre cuyos lomos era posible montar girando al compás de una musiquilla de cilindro que ponía fondo a la diversión y que Franz gustaba repetir con el tema de “Un rumano en Paris”, melodía que había servido de leit-motiv en la película “Monpti” protagonizada nada menos que por aquella maravillosa actriz y bellísima mujer, cumbre de la más exquisita feminidad, quién concluyó sus días de éxito suicidándose: Rommy Schneider. En ocasiones el señor Tauber, dueño y concesionario de los juegos reclamaba a su empleado que repitiera hasta el cansancio la pegajosa y romántica melodía, entonces él le contestaba que le traía suerte, ya que convocados por el hermoso vals acudían alegremente al carrousel, los niños para solazarse sobre los lomos de los animalitos y los mayores para vigilarlos o mejor aún para recordar sus mejores tiempos. –Cuando pongo otra melodía los transeúntes pasan indiferentes o cuando más apenas se asoman para ver girar el aparato, pero no se suben- argumentaba Franz; y cómo a Tauber le interesaba incrementar las entradas sonreía bonachón y daba unos golpecitos a la espalda de su fiel empleado, quién le entregaba honradamente hasta el último céntimo; el patrón apreciaba aquella fidelidad imposible de esperar de sus demás colaboradores, y sólo el rumano parecía alegrarse de las buenas recaudaciones tal si se tratara de que el negocio fuera de su propiedad, acaso porque era una forma de corresponderle al concesionario el favor de haberlo empleado, cuando se hallaba enfermo, miserable y tachado en todas partes de inútil. Y a partir de aquel día en que fue admitido el hombre dedicó su mejor esfuerzo a su trabajo y con dedicación limpiaba y pulía los caballitos y demás figuras que siempre lucían relucientes sin una sola mancha o adarme de polvo.

Pero en lo que mejor se desempeñaba nuestro hombre era cómo vendedor, presentando ante sus posibles clientes un rostro amable, perfectamente rasurado, al que hacían marco los bien peinados cabellos castaños, entre los que apenas empezaba a despuntar alguna cana en medio de las sienas, anunciando sus próximos cincuenta años, entonces se acercaba a los visitantes con una agradable sonrisa y su manojo de boletos en la mano izquierda, invitando cordialmente a pequeños y mayores a dar unas vueltas en el tío-vivo, el persuasivo tono de su voz y su agradable presencia cautivaba a las damas que ni tardas ni perezosas se adelantaban a cumplir los deseos de sus pequeños vástagos y sacaban las monedas de su bolso para adquirir las consabidas entradas.

A las nueve de la noche el parque se iba quedando gradualmente desierto, pero el incansable promotor seguía al pie del instrumento invitando a los pocos comensales que aún tenían deseos de divertirse, y solamente cuando el lugar se quedaba totalmente desierto, el señor Franz cubría con lonas protectoras las figuras de madera a las que acariciaba paternalmente; y cuando las luces de colores se extinguían quedando solamente prendidas algunas lamparillas, el hombre después de hacer un recuento de las entradas que entregaba rigurosamente, mordisqueaba un pan con queso o salchichón, bebía un café que previamente había hervido en su pequeña estufa, musitaba alguna oración, porque el que sabe hacer una plegaria por la noche es un capitán que pone centinelas para dormir bien, y se acomodaba sobre un modesto catre improvisado sobre el piso, y sólo en las frías noches invernales se echaba encima dos o tres mantas gruesas y se calaba con un gorro que le tapaba hasta las orejas, entonces se entregaba al bien ganado sueño.

Los martes los juegos del Prater suspenden su actividad para conceder un descanso a los trabajadores que los mantienen funcionales, entonces es posible que el incansable operador del tío-vivo se permita unas horas de sosiego para charlar con sus compañeros. La mujer araña y el hombre de goma solían hallarse entre sus más cercanos acompañantes y atentos escuchas, entonces Franz solía hablarles del lejano país que debió dejar hace veinte años. Con nostálgico acento les refiere cómo era Bukaresti (Bucarest) su capital, donde había nacido y pasó su infancia, su juventud y una buena parte de su vida de adulto hasta los treinta años, refiriéndose elogiosamente a la catedral de San José, al imponente castillo de Cetatea Alba, al Palacio de Teléfonos y a los edificios que albergan el Teatro Nacional y la Universidad, y cuando observa que sus descripciones han acaparado el interés de la curiosidad les habla de la vieja iglesia ortodoxa de la Corte Príncipesca que contiene a su lado un museo engrandecido por Tepes-Drácula, luego los jala de la mano para conducirlos mentalmente hasta el Museo Nacional de Historia que guarda en su interior el *cuarto del tesoro* colmado de valiosas piezas de primorosa orfebrería en oro y plata y valiosas joyas engarzadas con piedras preciosas, allá nos llevaban cuando éramos unos escolares de enseñanza elemental -alude- y debíamos caminar por parejas, guardando orden y silencio, los profesores siempre vigilantes solicitaban que los guías del museo nos dieran amplias explicaciones y después debíamos repetir en clase cuanto habíamos visto y oído. También recuerdo que nos llevaron a conocer el Museo Nacional de Arte, el de los viejos ferrocarriles donde trepábamos al interior de locomotoras y vagones y hasta las extravagantes construcciones que formaban el despacho del dictador comunista Nicolae Casusescu. Más adelante mi padre que era músico del teatro “Rapsodia” donde se ofrecían espectáculos de canto y danza con el folklore rumano, me llevó a conocer el Museo de la Música George Enescu, y en unas vacaciones de verano cuando el teatro cerraba sus puertas, fui con mis padres a conocer el Monasterio Caldarusani en los alrededores de la ciudad y la Iglesia Episcopal de Curtea de Arges de imponente estructura con reminiscencias turcas y bizantinas, y sólo más tarde cuando me aficioné a la arquitectura visité por mi cuenta el castillo Peles.

El Hombre más alto del mundo preguntó en que se ocupaban los rumanos y el señor Franz encantado de que alguien se interesara por conocer más su país respondió comedido.

-Una buena parte de mis compatriotas se dedica a la agricultura. Rumania es el granero de Europa, y en sus fértiles llanuras se cosechan: maíz, trigo, cebada, avena y centeno en grandes cantidades. Hay suficientes granos para que todos coman y muchos girasoles para que todas las casas de los campesinos se alegren. Algunos granjeros suelen dedicarse también a la ganadería.

-¿Hay buenos pastos? –preguntó uno de los jardineros que se ha acercado a escuchar la charla.

-¡Excelentes! –responde Franz- pero también se encuentran selvas de pinos, abetos, robles, hayas y encinas y en las llanuras de Valaquia y Moldavia crecen cardos de gran tamaño y bulbos que florecen con las lluvias primaverales, en tanto que en la región de Dobrucha se forma un islote donde predomina la flora pónica con especies propias de los Balcanes.

-¿Y que se bebe? –pregunta el encargado de manejar la enorme rueda, uno de los poderosos símbolos de Viena.

-Mi patria posee extensos viñedos que producen vinos excelentes como el Dragassani y el Arab, pero la bebida nacional es el tsuica, un licor hecho a base de ciruela.

-Pero nuestro Danubio también llega hasta allá... –afirma Hugo el electricista.

-Sí sólo que en nuestra tierra le llamamos Dunarea y los afluentes rumanos de este río descienden de los Alpes de Transilvania y son el Jiu, el Arges, el Danbovita y el Jalomitza, pero nuestro río más importante es el Maros que vierte sus aguas en el Tisza, el gran río afluente húngaro del Danubio.

-¿Y tú que hacías allá? –le pregunta el electricista.

-¿Yo?... pues trabajaba, cómo lo hago aquí. Apenas terminé la educación elemental, mi padre que había perdido su colocación en el teatro se empleó como músico del circo que se encontraba en Aleea Circuit y todos los días teníamos que atravesar una buena parte de la ciudad para llegar hasta allá, pues vivíamos al otro extremo en la strada Tutunari, algo tan distante cómo ir desde aquí a la estación ferroviaria Bahnhof, yo lo seguía cargando su instrumento: trombón o violín, según lo requería el programa, entonces me fue naciendo esa ilusión ... la ilusión de volar...

-¿De volar? –preguntó asombrada la mujer araña.

-Eso hacen los trapecistas en un circo ¿No es así? Desafiar la gravedad y volar por los aires. Yo era muy ligero y no sentía miedo en las alturas, además me gustaban los retos, y el subir allá arriba era un desafío tentador que había que enfrentar cada noche con precisión matemática, y yo veía cómo mis maestros lo lograban poniendo en juego una absoluta concentración, aunque al final terminaban por hacerlo con cierta facilidad, una facilidad consecuencia de la más férrea disciplina. Había que ensayar todos los días y a todas horas y hacerlo de memoria cómo si tuvieras los ojos cerrados, sin pensar en que te encontrabas a veinte metro de distancia del suelo, así te ibas acostumbrando al peligro que llegabas a ver cómo algo habitual, y lo peor, también te acostumbrabas a ganar dinero y a recibir aplausos y admiración todas las noches, y tanto me gustaron las luces de los reflectores que hacían lucir mis músculos envueltos en lentejuelas que me negué rotundamente a continuar los estudios y me quedé allí aprendiendo el oficio todos los días, al principio amparado con red protectora, pero luego, a pesar de la resistencia del empresario la tруппe de la que empecé a formar parte decidió eliminarla para hacer nuestro acto mucho más atractivo y yo diría espectacular... éramos dos parejas, perfectamente sincronizadas, la mía era una muchacha croata, delgada y ligera, que pesaba muy poco, se llamaba Zoila, pero todos le decíamos Zocha, su cuerpo era muy flexible y en su cara había impregnada una perenne sonrisa que no se le apagaba ni cuando realizábamos el *salto de la muerte*, su serenidad me daba confianza y aunque mi primera obligación era protegerla, ella hacía otro tanto conmigo.

-¿Y la otra pareja? –preguntó el hombre más alto del mundo.

-La conformaban dos hermanos yugoeslavos, nacidos en Belgrado; aunque luego pasaron una buena parte de su vida en Sofía, allá en Bulgaria donde formaron un bien sincronizado dúo siempre muy bien avenida y cuando se sumaron con nosotros planeamos juntos un número sensacional, al grado de que una buena parte del público iba sólo por vernos actuar.

De pronto el operador de la rueda lanzó una pregunta impertinente.

-¿Sensacional?... entonces ¿Cómo fue que te hiciste eso? –preguntó aludiendo a la cojera de Franz.

-Eso... -tartamudeó el hombre que se había puesto repentinamente pálido- fue a resultas de un accidente.

-¿De trabajo? –insistió implacable el curioso.

-Sí. De trabajo. Aunque preferiría no recordarlo, al menos por ahora...

La conversación fue languideciendo y alguno de los oyentes se levantó para decir:

-Bueno, ya hemos platicado bastante. Yo voy a la ciudad en busca de un bocado caliente.

El grupo se fue dispersando y Franz se volvió a quedar solo, callado, taciturno y hasta sombrío.

¿Por qué se empeñaba en recordar siempre lo mismo? ¿Por qué esa obsesión de torturarse con el pasado, si ya no nos pertenece, y ni siquiera nos es dable retroceder un ápice, aunque seamos, aceptémoslo o no, producto de eso que fuimos, pero que ya nunca volveremos a ser? es cierto que la nostalgia de la patria lejana lo invadía, que la remembranza de su padre fallecido lo acompañaba cada hora, que recordaba tercamente los tiempos de su niñez trascurrida en el barrio populoso, entre cuyos muros costosos de ciudad vieja había corrido, gritado, soñado, entre una turba de inquietos muchachillos que cuan presto reñían, se abrazaban, o iban tras de una pelota riendo, parlotteando, olvidados de sus zapatos rotos, de su miseria y hasta del hambre jugando a desperdiciar sus horas vacías; entonces se ponía a recordar las demostraciones de auténtica camaradería que había recibido y cómo en aquella pequeña comunidad de pobres se había desterrado el brutal egoísmo de la sociedad hasta el grado de compartir comida, ropas, libros escolares y sobre todo amistad, entonces al menos, no estaba tan horriblemente solo como ahora, y aunque huérfano de madre, aquel papá tranquilo, complaciente, dividía su existencia entre la música y su hijo, entre su trabajo con el que ganaba el sustento y el dedicar a su vástago atención y cariño.

Jamás le dirigió una palabra áspera ni mucho menos le puso la mano encima y seguramente aquel apego paternal lo llevó a renunciar al intento de procurarse una compañera y mucho menos de volver a casarse. Ese padre paciente y bondadoso le preparaba la comida y hasta que cumplió los diez años lavaba su ropa y aseaba su cama, luego, más tarde, cuando hubieron llegado los difíciles años de la adolescencia fue ante todo un confidente comprensivo, un amigo inigualable que renunciaba a la compañía de sus camaradas del teatro, para estar cerca del hijo que era el principal objetivo de su vida. y por más que el muchacho lo había sorprendido más de alguna vez entretenido en sabrosa charla con alguna de las bailarinas Constantinescu jamás le habría impuesto una madrastra, y ni siquiera cuando corría alguna de sus aventuras, que seguramente no debieron haberle faltado, se ausentó una sola noche de su casa y sólo cuando Franz le declaró su deseo de incorporarse a la dura existencia de artista de circo, el hombre sensato intentó suavemente persuadirle para que abandonara aquella obstinación disparatada, haciéndole notar los inconvenientes de una profesión tan llena de riesgos cómo peligrosa y que sólo podía ofrecerle un porvenir incierto, pero el muchacho estaba demasiado aferrado a su idea y fue imposible disuadirlo, entonces el paciente progenitor cedió consolándose en la posibilidad de que aquello podría ser sólo un pasajero caprichillo de juventud, del que tendría que recapacitar más tarde retornando a la razón; entonces seguramente optaría por aprender algún oficio o continuar los estudios truncos que lo podrían en camino de ser empleado del estado o al menos primer oficial en algún taller; pero sus esperanzas se fueron desvaneciendo, incluso cuando Franz quién fue llamado a cumplir su servicio militar, lejos de alejarse de aquella insana aspiración, fomentó el desarrollo de sus aptitudes físicas que le concedieron mayor aptitud para saltar de las alturas, balancearse, y hacer maniobras y piruetas cada vez más audaces y peligrosas.

Pronto la gente del circo lo adoptó como a uno de los suyos, al comienzo, cuando aún no estaba preparado lo mandaban a las taquillas, como acomodador o vendedor de golosinas y souvenirs y más tarde después de haber estado a cargo del cuidado de los animales a quienes aprendió a conocer y alimentar, se volvió un experto indispensable, en lo referente al montaje y desmontaje de la enorme carpa, cuando el circo se desplazaba a otros lugares en busca de públicos y de dinero; en esas ocasiones los mástiles eran erigidos con ayuda de un tractor y atados solidamente por medio de vientos, luego, el techo de una pieza era izado y sólo hasta entonces se iban colgando las lonas que hacían las veces de paredes.

Pronto los años de aprendizaje, entrenamiento y duros ejercicios fueron rindiendo los resultados apetecidos y el muchacho fue por fin admitido primero como simple comparsa participando en los vistosos desfiles donde toda la compañía marchaba airosa por la pista circular entre los alegres pífanos de la banda y los juegos de luces de los reflectores; los artistas aparecían por estricto orden jerárquico y eran presentados al público por la engolada voz del locutor que vestido con impecable smoking proclamaba los créditos de las sonrientes estrellas que portaban sus vistosos trajes ornados de pedrerías y relucientes lentejuelas multiplicando las luces y los reflejos, encabezaban el elenco los trapezistas, seguidos por los malabaristas, prestidigitador, domador de fieras amaestradas, gimnastas acrobáticos, bailarinas aéreas, elefantes, caballos y los indispensables payasos que no cesaban de hacer sus gracejadas y después de dar tres vueltas triunfales se iban disolviendo a través de una puerta encortinada, quedando solamente en la

escena los malabaristas que hacían saltar sus esferas, pelotas, figuras y piezas metálicas con las que inventaban una insospechada variedad de suertes y juegos.

Aquella glotonería de vida, a la que se añadía la consabida concupiscencia del goce, de ser admirado y famoso debieron conturbar su mente propicia a la fantasía, y el intrépido muchacho fue incorporado en el grupo de los gimnastas quienes hacían suertes protegidos por una red donde sus cuerpos rebotaban, cayendo siempre de pie y haciendo caravanas ensayaban otras destrezas cada vez más audaces; y cuando cumplió los veinte años ya era uno de los principales ejecutantes a quién se anunciaba en los programas con gruesos caracteres, entonces aparecía perfectamente maquillado, y con los ojos brillantes, ejecutaba un número en el que participan cuatro contendientes a cual más diestro, bien proporcionado, musculoso y podría afirmarse hasta guapo. El número empezó a formar parte importante del espectáculo y se programaba en las giras del circo que abarcaban viajes en sus propios vehículos a Belgrado, Croacia, Hungría y en una ocasión hasta Montenegro.

Franz empezó a disfrutar su temprana fama, a ganar dinero y a escuchar atractivas ofertas de otros circos que al llegar a oídos del empresario propiciaron que el negociante quién no estaba dispuesto a perder a uno de sus artistas llegara incluso a duplicarle el sueldo con tal de retenerlo, aunque el ambicioso joven soñaba en actuar en los más renombrados circos del mundo como lo eran el Price de Madrid, el Krone de Alemania, el Barnum y el Ringling Bros. de los Estados Unidos, el Amar, y Medrano de Francia, y por supuesto el Napoleón, el afamado circo de invierno de París y sin duda alguna el prestigioso circo de Moscú, cuyo espectáculo era una verdadera suma de valor, pericia y por supuesto risa y diversión.

Con la llegada del éxito se facilitaron las aventuras amorosas, ya no fueron solamente las que propiciaba el ambiente, las muchachas del ballet, la ayudante trigueña del prestidigitador, y una vez hasta la domadora de leones ucraniana, sino que al final de cada función un alud de jovencitas demandantes del autógrafo en el programa hacían fila en el carro donde el atleta tenía su rodante camerino, entonces, los amoríos se sucedían fáciles sin mediar seducciones o promesas y las jóvenes entregaban sus encantos simplemente por disfrutar el goce de hacer el amor con alguien que les había despertado emoción, zozobra, y que aún antes de sentirlo entre sus piernas, había conseguido provocarles una grata y maravillosa excitación

Así, después de cada acto, el aplauso sobrevenía cómo un aguacero, poniendo fin a la tensión no sólo de los actores sino también del público, que volvía a respirar aliviado después de contemplar como aquel aguerrido muchacho se lanzaba al aire y en la mínima precisión de un segundo se afianzaba a otro de los tambaleantes trapecios y volvía a quedar amparado y sonriente en una esquina, sin que en un solo músculo de su rostro se hubiera detectado una sombra de inseguridad o de temor.

Todo marchaba bien, incluso cuando Franz se integró a la troupé que se anunciaba como “*Los Máximos*” formada por dos simpáticos yugoeslavos y la chica croata con quien se entendió desde el principio a las mil maravillas.

El local se llenaba todas las noches y el gimnasta logró hacer algunos ahorros y el señor Constantinescu quien padecía una crónica indisposición estomacal llegó a instar a su hijo a casarse presintiendo que el agudo mal que padecía, podría dejarlo solo, pero el muchacho estaba demasiado engolosinado en sus éxitos y no deseaba echarse encima compromisos, si bien veía en Zocha, su compañera de trabajo, un excelente prospecto de esposa, aún cuando sólo la trataba como la amiga, casi novia, con quien compartía noche a noche los peligros, la emoción y los aplausos.

Pero precisamente cuando todo parecía sonreírle apareció ella. Ewa era una muchacha polaca, que seguramente rozaba los treinta años, quizás con algo de sangre judía en sus venas, de la que prefería no acordarse. Nacida en Cracovia su pasión por los caballos la había llevado a convertirse en una de las *ecuyeres* más famosas y mejor cotizadas, que rivalizaba con la misma Elisa Loiret. Tenía el cabello rojizo y los ojos de un tono azul que colindaba con el gris; sabía brincar sobre el lomo de los caballos con la ligereza de un pájaro que se posa sobre una rama, su cuerpo de amazona se balanceaba sobre la pareja de caballos de Moldavia con elegante agilidad flexionando ligeramente su talle. Alrededor de la pista saltaba a través de un círculo de papel que le allegaba un ayudante mientras giraba por la pista uno de los equinos a un trote regular y acompasado.

El día que fue contratada Franz vivamente impresionado por su belleza eslava la invitó inmediatamente a cenar, cortesía a la que ella accedió sonriente y halagada.

Esa noche al enterarse de que la artista hacía su primer viaje a Rumania hizo gala de su buena memoria y le habló de todo cuanto había aprendido en la escuela y había almacenado en sus veintiocho años de vida sobre su viejo y nuevo país, cuya población descendía de los antiguos dacios romanizados, actualmente practicantes de la religión ortodoxa, Ewa a su vez se declaró católica e hizo una breve descripción sobre su patria, y ambos convinieron que sus naciones habían sido víctimas del saqueo y sojuzgamiento de alemanes, turcos y rusos, y aunque dialogaron en inglés y en francés, la verdadera comunicación se dio emanada de esa química misteriosa que acerca los corazones y los pensamientos sin que importen demasiado la raza o la lengua, y cuando cerraban el restaurante y con pesar tuvieron que abandonarlo, la euforia del encuentro rubricada con algunos tragos de vodka polaco en honor de la recién llegada los había aproximado tanto, como si se hubieran conocido desde años, y Ewa, inquieta y aventurera empezó a planear mentalmente un viaje para visitar el puerto de Constanza en el Mar Negro y el de Braila en el Danubio de los que tan entusiastamente había le hablado su nuevo amigo, y por supuesto las montañas de los Cárpatos y la lejana Transilvania donde se ubicaba el famoso castillo de Drácula.

Al día siguiente los esperaba la rutina: ensayos, ejercicios, disciplina, tensión y tres noches después, el debut de la caballista internacional que fue anunciado en letreros mayúsculos en los carteles y en la marquesina.

Por su parte Franz transitó demasiado rápido de la admiración a la amistad y de esta al amor y no disimuló la enorme atracción que le había despertado, ella a su vez tampoco hizo nada por ocultar la simpatía que le había causado el atleta, cuyo valor, aunque acostumbrada a convivir en un ambiente donde era la constante, no dejó de impresionarla. Y se les dejó ver tomados de las manos, abrazarse, besarse y susurrar confidencias cuando suponían que nadie les observaba, evadiéndose sigilosamente apenas concluía la función en busca de una cena, una copa o acaso un sitio donde bailar el resto de la noche, y sólo después de algunos meses, buscar una habitación en una calle apartada donde hacer el amor lejos de miradas indiscretas, por más que Grock y Zavata, los payasos, que los llegaron a sorprender en más de una ocasión reían maliciosos cuando se los encontraban, gastándoles bromas inocentes, y anticipándose al placer de ser testigos de una boda en el circo donde habrían de compartir seguramente un brindis con champagne y por supuesto un trozo de una enorme torta, y sólo Marcus, el enano, incondicional amigo de Franz, no pareció compartir tal entusiasmo lo que motivó que el trapeceista evitara intimar como antes y hablar a solas con él. Zocha por su parte había terminado por conformarse y aceptar que nunca había habido ningún compromiso entre ellos y que aunque a veces la amistad pareció

deslizarse hacia el romance, jamás se llegó a definir ningún proyecto, por lo que se concretó a continuar trabajando con su pareja, deseándole en el fondo que fuera feliz con su nuevo amor, segura de que la vida continuaría su curso y ella encontraría a tiempo su verdadero destino.

No obstante ciertos indicios ingratos enturbiaron aquellos meses de enamoramiento en la vida del joven atleta; el mal de Constantinescu se acentuaba, los médicos vaticinaban sombríos pronósticos y variaban sus recetas, pero uno de ellos advirtió sobre su terrible sospecha: el cáncer amenazaba la vida del músico. El terrible veredicto debió afectar al muchacho quién redobló las atenciones hacia su padre, a quién llegó a confesarle que estaba enamorado de aquella polaca amansadora de caballos a quienes trataba cómo sus camaradas, el músico quién acompañaba cada noche la ejecución de su hijo y de la pelirroja le deseó suerte y volvió a instarlo a formalizar legalmente la unión, aunque Ewa insistía en que debían ir a casarse a Cracovia donde su familia polaca habría de agasajarlos con pescados ahumados, caviar, chokrut y vodka rojo, y el joven aunque reconocía que la caballista lo amaba, sentía a veces que en sus actitudes o palabras que se le llegaban a escapar, había cierta reticencia o indecisión, tal si en el fondo pretendiera retener su libertad o su independencia a la que no estaba dispuesta a renunciar, al menos por ese novio; también inquietaba a Franz la amabilidad con que ella trataba a Alex, el domador, quién hacía pasar sus hermosos tigres de Bengala bajo un arco de fuego; aunque el indómito héroe que se encerraba todas las noches en una jaula con sus feroces compañeros, era un camarada con el que había compartido muchos momentos agradables y ambos se habían prestado recíprocamente atenciones y servicios, entonces, hallaba sus sospechas no sólo infundadas y ridículas sino hasta mezquinas. Ewa era una real hembra., seguramente no sólo admirada sino codiciada por muchos y no debía parecerle extraño que Alex se sintiera atraído por ella, aunque la amistad manifiesta, la inocencia en las miradas y palabras, no dieran pie a fundar ninguna suposición, y cuando su amante se regodeaba en la cama, jadeante de placer, besándolo desesperadamente, Franz sentía que aquella mujer era suya y que lo seguiría siendo de por vida y juntos proyectaban hacer el consabido viaje a Cracovia para degustar los callos a la polaca al lado de la familia de la joven.

-6-

Pero la dicha no es una constante sino más bien una casualidad, si nos propusiéramos hacer un balance en nuestras vidas descubriríamos cuan pocos y breves han sido los momentos en que realmente hemos sido felices, y en cambio cómo las horas de: frustración, amargura, y desilusión han colmado las horas de nuestra vida

Por ello cuanto más logremos olvidar conseguiremos vivir mejor.

Aquella noche fatal mientras Franz se vestía en su camerino rodante, Marcus el enano se acercó sigilosamente a su puerta

-¡Hola Franz! –Saludó comedido.

-¡Hola amigo! –Respondió Franz- Pasa y siéntate.

-Pasé a saludarte.

.-Pues bienvenido –dijo Franz calzándose las mallas- hace tiempo que no charlamos.

-No ha quedado por mí –aclaró el liliputiense- apenas termina la función y te escondes inmediatamente.

-¿Esconderme? ¿Por que habría de esconderme?... y tanto menos de ti que eres un buen amigo.

-¿En verdad me consideras tu amigo?

-¡Claro! Nunca me has dado ningún motivo para dudar de nuestra amistad. Somos amigos desde que llegué aquí ¿Recuerdas? De la mano de mi padre, y cuando me nació la inclinación de hacerme un artista del circo, no desdeñé participar en todos los trabajos que me destinaban.

-Siempre admiré tu tesón y el entusiasmo que no se te ha acabado nunca.

-Entonces, tú me tendiste la mano.

-No podía hacer mucho por ti, pero apreciaba tu empeño en ser uno de los nuestros.

-Y ya ves que lo he conseguido aunque con trabajos.

-Aún te falta lograr muchas cosas, tienes talento y voluntad...

-¿Tú crees?... gracias porque tienes confianza en mí y porque no has dejado de estimarme.

-No lo dudes –señaló Marcus- y en nombre de esa estimación que te guardo considero mi deber de amigo venir a prevenirte.

-¡Prevenirme?

-Ten cuidado con Alex...

-¿Con Alex? ¿Qué quieres decir?

-Que no quisiera inquietarte... pero él y Ewa...

Franz se irguió palideciendo.

-¿Qué estas insinuando?

-Nada, sólo que te cuides...

-Ewa y yo nos vamos a casar.

-Asegúrate de que todo vaya bien para que seas feliz.

-¿Asegurarme? ¿Sabes algo? ¿Has visto algo?

En ese momento lo llamaron a pista,

-¡Franz prepárate para salir a pista!

El gimnasta se apresuró. Zocha y la pareja de yugoeslavos calentaban sus músculos haciendo ejercicios, y él con el rostro sombrío se acercó al grupo y puso distraídamente en beso en las mejillas de Zocha y de Elizbieta. La revelación que Marcus le acababa de hacer lo atormentaba pues ponía en duda el amor que Ewa le había jurado y la lealtad de Alex de quién nunca hubiera esperado una traición, en esos momentos habría deseado que Marcus, de cuya buena fe nunca podía dudar se hubiese equivocado y aún se empeñó en suponer que el excesivo apego del enano exageraba algo que sólo pudo haber sido una simple manifestación de camaradería.

En la pista la bailarina funambulesca terminaba de hacer sus ejercicios en la cuerda y en el alambre.

De pronto divisó distante entre las cortinas, a Ewa ya vestida para su actuación que se programaba hasta después del intermedio y quién le hizo un saludo con la mano, él le correspondió, ella se volvió y dio unos pasos de espaldas mostrando el excitante cimbreo de sus caderas metidas en los ajustados pantalones, Franz sintió que se le encendía la pasión, luego se escuchó el aplauso que premiaba la actuación de la bailarina y el maestro de ceremonias anunció con tono rimbombante la presencia de *Los Máximos*, en ese mismo momento alcanzó a percibir que al lado de Ewa se hallaba Alex quién le susurraba algo al oído. Franz sintió que una ola de celos y de rabia le quemaba la garganta y bajaba hacia su estómago, pero a pesar de que le pareció que el mundo se hundía bajo sus pies se sobrepuso e intentó poner, cómo todas las noches, la cara sonriente y confiada que enamoraba a las quinceañeras, haciendo su aparición ante el público que recibió al grupo con un caluroso aplauso; entonces se escuchó el prelude de la orquesta que acompañaba la ascensión de la troupé a los trapecios. Franz dirigió una rápida mirada hacia la banda que le sonó coja, entonces y mientras trepaba por la cuerda alcanzó a detectar que había un asiento vacío, seguramente el que correspondía a su padre, el señor Constantinescu.

Aquella ausencia, la primera en la larga carrera del músico, fue cómo el pinchazo de un horrible presentimiento. ¿Qué pasaba? ¿Por qué su padre no estaba en su puesto?

Cómo un autómatas se paró sobre la barra del trapecio, pero estaba visiblemente desconcertado y hasta tembloroso. Zocha notó al punto su desasosiego y le preguntó: --- -¿Te sientes bien?- Franz no respondió y empezó a balancearse en el columpio para lanzarse en seguida con la seguridad de siempre hacia el vacío dando principio al arriesgado acto. Zocha no le despegaba los ojos y la pareja de yugoeslavos no obstante que veían a su compañero desenvolverse con aparente precisión y sangre fría se miraron inquietos, y en un momento Elizbieta le susurró:

-Mejor omitimos lo del salto... Roger y yo cerramos.

Franz no respondió y lanzó un ¡Ya! No se sabía si con rabia o con desesperación, el trapecio de enfrente se columpiaba y el atleta trató de asirse a él, pero sus manos resbalaron y el hombre cayó al vacío y fue a estrellarse contra el piso para su fortuna protegido por una gruesa alfombra que debió amortiguar un tanto el golpe, pero que no pudo evitar que el atleta se lastimara bárbaramente, ocasionándole que la terrible contusión provocara un hilo de sangre que empezó a manarle abundantemente por la nariz, boca y oídos.

La caída provocó un grito del público, que se escuchó más bien cómo un alarido espantoso, la orquesta interrumpió la melodía y los tres gimnastas bajaron inmediatamente de las cuerdas. En aquella confusión acudieron de inmediato todos los artistas y ayudantes que trajeron velozmente un tapete donde con precipitación depositaron el cuerpo inanimado del atleta.

De pronto el maestro de ceremonias se embarcó en una perorata solicitando disculpas del público por lo que llamó un penoso accidente de trabajo; y rogando que no se retiraran de sus asientos ya que el espectáculo iba a continuar, pero cómo persistieran el desconcierto, las voces y lamentaciones ordenó a la banda que prosiguiera con la música, mientras el infortunado artista era trasladado al interior .

Marcus sudoroso y lívido cómo un muerto se acercó al cuerpo que trabajosamente aún respiraba, otro tanto hicieron Ewa y Alex que con el resto de la compañía contemplaban aterrorizados la escalofriante y patética escena, diez minutos después el empresario Giorghi que había llamado desesperadamente una ambulancia, recibía dando pormenores a los paramédicos y camilleros que colocaron con excesivos cuidados el cuerpo inanimado sobre una camilla, mientras uno de ellos levantaba el párpado indagando las pupilas, y otro le tomaba el pulso y aplicaba el oído al corazón, al momento lo inyectaron y fue conducido inmediatamente a la ambulancia. Marcus se llevó las pequeñas manos al rostro en un gesto de inmensa desesperación, en la que sin duda alguna se mezclaba el atroz remordimiento por haberle revelado sus sospechas en un momento inoportuno, y Ewa quién lucía sería y tal vez apesadumbrada buscó con desesperación la mano del domador que apretó con fuerza.

Tres cuartas partes de los asistentes desalojaron el lunetario y las gradas y aunque la función continuó, ni artistas ni espectadores disfrutaron más del espectáculo, y antes de que se hubieran terminado de extinguir las luces de la pista, la compañía entera se trasladó en masa al hospital donde el infeliz muchacho se debatía entre la vida y la muerte.

Y el destino develó el jeroglífico de los astros

-7-

Franz quedó inconciente una semana prendido a tubos y cables, mientras los médicos intentaban desesperadamente salvarle la vida. Se le practicaron dos intervenciones, una en la cabeza donde aparte de las graves contusiones no se encontró afortunadamente ninguna lesión grave en el cerebro y la otra en la clavícula y pierna derechas donde hubo necesidad de acomodar y hasta soldar y juntar huesos que estaban hechos añicos; los traumatólogos se hallaban asombrados de aquella extraordinaria resistencia física, que gracias a una dura y constante disciplina había endurecido los músculos que actuaron cómo un colchón protector defendiendo los órganos internos y hasta el esqueleto que de otra manera con el tremendo impacto se hubiese materialmente pulverizado, sin embargo se le detectaron lesiones internas en el vientre y los pulmones y graves alteraciones en el sistema nervioso, ello aunado a la pérdida de sangre, y la dificultad de respirar, determinaron que le fuera administrado un tanque de oxígeno, aunque lo más grave se centraba en los derrames internos que ponían en serio peligro la vida del paciente, a quién se le prodigaron todos los recursos tecnológicos y científicos emanados de las experiencias acumuladas en dos cruentas guerras en las que hubo que remendar a miles de hombres que volvían destrozados de las trincheras, y a quienes el sistema comunista debió rehabilitar para integrarlos a la reconstrucción del devastado país y cuyos esfuerzos eran indispensables para la producción de alimentos, que mitigaran la hambruna.

Franz no sucumbió, su cuerpo joven logró resistir el colapso causando el asombro de sus compañeros de trabajo que no dudaron que testimoniaban la consumación de un verdadero milagro, las transfusiones de sangre, y los cuidados vertidos sobre su corazón determinaron que aunque débil continuara latiendo, aunque en algunos momentos críticos ningún médico se atrevió a asegurar si el paciente terminaría el día o sobrevivía una noche; no obstante el hombre logró resistir, aunque su cuerpo fuera el de un pobre títere lastimado y lastimoso, envuelto en vendas, enyesado, inmóvil y casi inservible.

En aquellos días la gente del circo dio muestras de una ilimitada y hasta honrosa solidaridad, si bien se continuaron ofreciendo funciones aunque con escaso público pues nadie deseaba pagar por presenciar un espectáculo en el que entre la búsqueda de la diversión podía correr la sangre, y el señor Giorghio intentó acallar el escándalo amarillista de la prensa acudiendo a la estratagema de suplicarles en nombre de los artistas que sus alarmantes noticias no fueran a cegar una fuente de trabajo para su gente que no sabía hacer otra cosa, ya que finalmente resultaba tan terrible morir en un accidente o sucumbir de hambre; sus argumentos dieron resultado y los periodistas con sus artículos benevolentes lograron contener la deserción del público que paulatinamente fue retornando a la carpa, aunque siempre con el

temor latente de que alguno de los artistas volviera a sufrir otro percance, que no sólo podía consistir en una caída o tropezón, sino hasta en el ataque de las fieras, que aunque permanentemente atemorizadas por el látigo de Alex hacían de mala gana, con pésimo humor, y con protestas de rugidos, manotazos y amenazas los ejercicios a los que estaban enseñadas, otro tanto los propios artistas se habían vuelto superticiosos y la sangre derramada sobre la pista era tenida como un mal augurio, aunque Grock el payaso, la dio por interferir en sus rutinas un chiste en el que se afirmaba que el trapecista accidentado tenía siete vidas, y que por lo tanto le quedaban todavía seis, el cruel argumento no hizo reír a nadie pero despertó la indignación de Marcus quién a partir del fatal momento de la caída se convirtió en el fiel seguidor de su amigo, tal si buscara expiar la supuesta falta que aún no se perdonaba y que además tenía la disculpa de haber intentado procurarle un bien, abriéndole los ojos al engaño de la que dio en llamar una mujerzuela, aunque entonces el pobre fenómeno hubiera preferido mejor ver a su amigo engañado que yaciendo hecho pedazos en el lecho del hospital entre la vida y la muerte. ¡Cuántas lágrimas derramó entonces! ¡Cuántos sollozos se ahogaron en su pecho implorando al Dios que le había dado aquel cuerpo deforme, la gracia de Su misericordia para el amigo gallardo, joven y fuerte, que merecía mejor que él mismo, el supremo don de la vida!

Pero en aquellos días otro pesar sobrevino, tal si la desgracia fuera contagiosa y acarrearía otras más, como una tormenta atrae otras nubes cargadas de agua, truenos y espanto; el señor Constantinescu moría asilado en una sala del Hospital de Oncología, precisamente cuando aliviado por momentos de sus terribles dolencias por la intromisión de la morfina, reclamaba insistentemente la presencia de su hijo; y Gioghio para no dejarlo ir con la amargura de que su vástago fuera un ingrato sin entrañas, le tuvo que confesar que había sufrido un accidente que lo tenía incapacitado, el hombre no se dejó engañar y presintiendo lo ocurrido entrevió la fatalidad, su muchacho, el buen muchacho que tanto amaba y a quién inútilmente trató de apartar de aquella vida de riesgos y peligros no podía ni siquiera proporcionarle el consuelo de despedirlo en sus últimos momentos pues tal vez incluso habría fallecido, en vano Giorghio trató de disuadirlo de lo contrario e intentaba consolarle asegurándole que en cuanto estuviera mejor iría a visitarlo, pero el hombre expiró una madrugada sin más compañía que la de otro músico integrante de la banda, a quién tuvieron que ir a despertar a la antesala para que le cerrara los ojos.

Una docena de artistas se turnó para velar el cadáver, aunque al siguiente día en que se hizo pública la noticia acudieron integrantes del Teatro Rapsodia y toda la compañía circense, Marcus recogió el trombón que Constantinescu pidió que le fuera entregado a su hijo si aún vivía, advirtiendo que en el caso de que hubiera fallecido se le enterrara al lado de su cadáver. La tarde que lo sepultaron llovía y aunque no faltaron las coronas de flores y hasta el director de la banda pronunció sentidas palabras, la concurrencia debió retirarse apresurada pues tenía que actuar en los espectáculos.

Ambas tragedias debieron despertar en Ewa cierto pesar y tal vez algún remordimiento por más que nada le aseguraba que Franz se hubiese enterado de su infidelidad, y durante muchos días se presentó al hospital en compañía de Alex, condolida por la suerte del gimnasta por quién había sentido indudable atracción y tal vez hasta amor ¿Hay alguien que pueda penetrar dentro del alma de una mujer para saberlo? pero al ver aquel cuerpo inútil, maltrecho y envuelto en vendas y yeso, tuvo que convenir que aquel hombre no podía representar su porvenir y aunque lo había amado no se sentía dispuesta a convertirse en su enfermera de por vida, y en cuanto a Alex no había sido más allá de que una aventura; un telegrama de Polonia por el que su familia la urgía la sacó de aquella indecisión de la que buscaba librarse, Giorghio Glittemberg alegó que si se iba dejando el número, rescindiría el contrato, pero ella trató de convencerlo alegando que sólo se ausentaría tres o cuatro días a lo sumo, el empresario cedió al fin y ella se trasladó una noche del hospital en que se despidió de un Franz inconsciente a la estación ferroviaria donde un expreso la habría de conducir a su patria; de la que no regresó nunca; y Giorghio tuvo que buscar un reemplazo quién debió ganarse la colaboración de la pareja de equinos, afortunadamente tan inteligentes, que después de días de ensayos paulatinamente fueron adaptándose a su nuevo amo.

Pasado un mes un Franz ojeroso, enflaquecido, con la barba crecida y una pierna inútil, recién llegado de un viaje por el país de la muerte, abría los labios para beber tragos de té de las manos de Marcus.

La muerte de su padre lo había desquiciado y el estar impedido para acudir al cementerio a rezar y llorar ante su tumba lo mantenía deprimido.

Le pesaba asimismo el abandono absoluto de Ewa, aunque le habían informado que había pasado días y noches cerca del lecho cuando se encontraba inconsciente y el señor Glittemberg le reveló lo del misterioso telegrama y su partida súbita con el ofrecimiento de que habría de reincorporarse a su trabajo en tres días, promesa que no cumplió, sin tomarse al menos el trabajo de explicarse. Aquel silencio no dejaba dudas de que deseaba desaparecer no sólo del elenco del circo, o de su amigo Alex sino señaladamente de Franz quién nunca volvió a saber de ella

Después del accidente la troupe se las arregló para seguir presentando el número con los tres integrantes que quedaban, y sólo cuando los médicos dictaminaron que Franz nunca podría recuperarse totalmente y que padecería por el resto de su vida una cojera que le impediría caminar con normalidad, ya que la pierna derecha había sido seriamente lesionada incluyendo las articulaciones de la cadera y el brazo derecho, cuyo movimiento con ayuda de la terapia podría con el tiempo normalizarse; decidieron buscar un compañero para Zocha, que resultó ser otro rumano de nombre Thomasz quién gustaba además competir en concursos de atletismo.

Zocha y la pareja de yugoeslavos continuaron visitando al convaleciente a quién daban esperanzas de recuperación ocultándole el veredicto de los médicos.

Sin su padre y sin Ewa de cuya lealtad aunque dudosa, no lo había eximido de haber consentido risueñas esperanzas Franz pasaba intranquilo las noches en el hospital y sólo se animaba con la presencia del enano quién le acompañaba solícito todas las mañanas, pues debía retornar por la tarde a su trabajo; el pequeño hombre le hacía crónicas de cada función y del interés del público por su estado de salud y sus deseos de recuperación.

-Cuando regreses vas a ser muy bien recibido –le aseguraba Marcus- y estoy seguro de que volverás a ser el mismo de antes, en cuanto a mujeres siempre las tendrás a tu alcance, y Zocha podría resultar una novia mejor que la indecisa Ewa.

Las lisonjeras ilusiones se desvanecieron cuando Franz a quién habían desprendido yeso y vendajes se consideró dispuesto a dar los primeros pasos intentando sostenerse y mover las piernas, el antes ágil atleta dueño absoluto de sus nervios y de sus músculos ahora era incapaz de apoyarse en los pies y una mañana al despertar encontró junto a su cama un par de muletas que la bondad del señor Glittemberg le había procurado.

Franz tomó con sus manos aquellos troncos de madera derramando copiosas lágrimas, le costaba trabajo aceptar que era un inválido y juró que hubiera sido mejor perder la vida que vivir condenado por el resto de sus días a tener que arrastrarse así.

Aquel drama que Marcus se encargó de referir a sus compañeros despertó la solidaridad y hasta la compasión del propio Alex quién sorprendentemente reaccionó con una humanitaria iniciativa: realizar una función extraordinaria de beneficio, donde empresa y artistas cederían gustosamente los ingresos para ayudar al colega en desgracia.

Al saber la noticia Franz se sorprendió de aquel noble gesto del que había considerado cómo su rival en amores y conmovido le envió unas líneas al domador agradeciéndole su generosidad.

El día fijado para el beneficio coincidió con el de su alta en el hospital y se presentó en el circo sostenido por muletas, Glittemberg lo hizo sentar en la primera fila junto a la pista. El público convocado por los periódicos y la televisión llenó materialmente el local y cuando le vieron aparecer bajo las luces de los reflectores todo el mundo le aplaudió, mientras la voz del locutor saludaba a la estrella cuyo valor y destreza eran incomparables.

El desfile de los artistas resultó espléndido y todos le dedicaron palabras amables y cariñosas que el muchacho no sabía de pronto cómo corresponder y sólo balbuceaba un gracias con voz enronquecida por la emoción, pero la apoteosis fue al final de la función cuando los asistentes se pusieron de pie para tributarle otra ovación a la que se sumó la entrega de algunos ramos de flores que entre sonrisas le llevaron algunas jóvenes quienes le besaban en la mejilla y una de ellas, por cierto una hermosa muchacha, rodeándole el cuello con los brazos le estampó un sonoro beso en los labios, el trapecista profundamente halagado le tomó las manos para llenárselas de besos, luego, una pequeñita de cuatro o cinco años se adelantó para entregarle una sola flor, y él deploró no poder levantarla y abrazarla y tuvo que contentarse con darle un beso en la frente coronada por una mata de cabellos rubios que lucían como una diadema dorada, entonces el entusiasmo no tuvo límite, público y artistas se volcaron nuevamente en aplausos y hasta debieron arder las palmas de muchas manos, al terminar la función, Franz no cabía de contento y Zocha, Marcus, Grock, Alex, Thomasz, Elizbieta, los malabaristas y hasta el último mozo del circo se congregaron a su derredor para saludarlo y antes de que se apagara la última luz se apareció el señor Glittemberg llevando consigo una buena suma producto de la recaudación de aquella noche memorable; Franz vivamente emocionado agradeció a todas aquellas demostraciones de sincero afecto y las lágrimas afloraron en sus ojos, entonces Grock entre chistes y sonrisas decretó que la reunión no debía ser motivo de duelo sino al contrario de gozo y de fiesta

*“porque nuestro compañero está con nosotros y con nosotros continuará siempre”.*

Thomasz le estrechó la mano izquierda asegurándole que sólo cubriría transitoriamente su puesto. Glittemberg después del malhadado accidente decretó que se usara red, y público y artistas continuaron disfrutando de los ejercicios sin el temor de que nadie volviera a sufrir una caída..

No escasearon tragos y bocadillos y el festejo continuó hasta la madrugada, entonces Franz debió retornar a la casa de su padre, no sin que el empresario le asegurara que le seguiría apoyando con medio sueldo y que siempre contaría con su apoyo, aquella deferencia de un hombre de negocios, quién no miraba el arte sino cómo un medio de ganar dinero le hizo reaccionar positivamente ¡No estaba solo! Dios hablaba por boca de sus hijos buenos y en medio de su orfandad y su desgracia estaba rodeado de corazones bondadosos.

Al siguiente día o más bien, ese mismo unas horas más tarde, Marcus y Zocha se presentaron para prepararle alimento y brindarle compañía.

Su rehabilitación fue lenta, y sólo después de una larga temporada de terapia y ejercicios Franz pudo abandonar las muletas substituyéndolas por un bastón. Apenas tuvo fuerzas se incorporó nuevamente al circo deseoso de desquitarse la paga que Glittemberg puntualmente le abonaba, y cómo en tiempos pasados se volvió a desempeñar cómo boleterero, vendedor de programas, acomodador y cuando las condiciones físicas se lo permitieron y pudo prescindir del bastón, como luminotécnico, Marcus siempre fiel, le continuó ofreciendo su cálida amistad y en cuanto a Zocha prefirió no ligarla a su vida, ya que según él, por el momento no podía brindarle un porvenir, por más que la joven sin lugar a dudas hubiera accedido gustosa a compartir con él su vida sin importarle su invalidez, pero Franz profundamente decepcionado al enterarse de que jamás podría volver a caminar bien ni mucho menos realizar los peligrosos ejercicios en el trapecio, decidió posponer indefinidamente lo que habría podido culminar en una unión indisoluble; para Zocha en cambio el destino le reservó otra sorpresa, un hombre todavía joven la dio por llevarle flores puntualmente todas las noches, ella las recibía agradecida después de ejecutar su número, y su admirador al terminar la función se acercaba para solicitarle amablemente una cita, propuesta que ella siempre denegaba con el pretexto de que las mañanas las destinaba a ensayar y las noches al espectáculo; no obstante la insistencia del pretendiente o tal vez la actitud huraña y hasta descontentadiza de Franz la indujeron a aceptar entrevistarse con el desconocido quién sin rodeos le confesó que estaba enamorado de ella y dispuesto a casarse, la propuesta desconcertó a la muchacha que le respondió que ni siquiera sabía quién era él, a lo que el aludido manifestó que era ingeniero y trabajaba para una empresa del estado, Zocha le advirtió que poseía un espíritu aventurero y que deseaba seguir siendo una artista de circo lo cual era su único interés, pero la insistencia del hombre debió agradaarla y hasta la comentó con Marcus quién empezó a ubicar al desconocido en la cuarta o quinta fila del lunetario armado con su imprescindible bouquet de flores.

El pequeño hombrecito alertó a su amigo de la inoportuna presencia del pretendiente, haciéndole ver que si dejaba ir a Zocha perdería la oportunidad de consolidar un hogar, Franz escuchó las razones de su amigo y aceptó que sin su padre se había quedado enteramente solo, aunque solitaria era también la vida del enano y aún de muchos artistas que iban y venían de un circo a otro y aún de una ciudad o de un país sin detenerse por compromisos ni ataduras, y dispuestos siempre a correr la aventura; aquella vida nómada consistía en no acostumbrarse demasiado a un lugar o a una persona, ni mucho menos a planear un mañana, hasta que al igual que todos los mortales, inclusive los casados, iban a esperar la muerte entre la impotente ancianidad repletos de recuerdos y añoranzas, deambulando en la deprimente tranquilidad de un asilo; el atleta reconoció que aquello era fatal, si bien, ilusoriamente admitió que aún estaba demasiado lejos de llegar a ese momento, pues aún era y se sentía joven y tenía posibilidades de rehacer y encausar su vida, había hecho algunos ahorros y la vivienda heredada de su padre debidamente dispuesta podía albergar con comodidad a una pareja, además Zocha había sido una compañera excelente y su mejor amiga; pero seguramente el retraso en decidirse dio al traste con sus intenciones; porque una noche al terminar la función Zocha comunicó al empresario que se despedía definitivamente, Glittemberg trató de retenerla haciéndole ver que necesitaba tiempo para encontrarle una sustituta, entonces ella le mostró su acta matrimonial y con ella su resolución de abandonar definitivamente su participación en el espectáculo, luego, se fue despidiendo de todos y cada uno de los integrantes de la compañía y sólo cuando debió hacerlo de Franz, se le llenaron los ojos de lágrimas; indudablemente lo amaba, y al despedirse le pidió recordarla, asegurándole que aunque casada, siempre pensaría en él. Fuera del circo la aguardaba el que desde aquella mañana ya era su marido quién gentilmente invitó a los artistas a celebrar en algún restaurante el acontecimiento, sugerencia que muchos aceptaron, y hasta Marcus gustó de sumarse al festejo y sólo cuando vio a Franz triste y apesadumbrado cambió de parecer y se quedó al lado de su amigo que sin estar precisamente enamorado, nunca se perdonó haber malogrado aquella oportunidad que tal vez nunca volvería a encontrar en su vida.

Quince días más tarde el señor Glittemberg liquidó a cada de los componentes de la compañía los adeudos pendientes y les anunció que había vendido su participación financiera en el negocio, y que los nuevos dueños, una pareja de rusos decidirían sobre una nueva contratación, de la que por supuesto el inválido quedó excluido.

Entonces vinieron aquellos años difíciles en los que el hombre solitario, derrotado, trabajando temporalmente en lo que encontraba, consumió sus ahorros, remató su vivienda, y empezó ese duro peregrinar de un lugar a otro, hasta que obligado por las circunstancias debió abandonar su país, para finalmente asentarse como operador del tío-vivo del Prater en la ciudad imperial donde le aguardaba la más excitante de todas las aventuras: ¡Enamorarse!

-10-

La vio llegar aquella mañana ¿Cómo olvidarlo? Era el mes de abril y la primavera se asomaba tímida, el aire se respiraba fresco y a través de él volaban las palomas, una bandada de gorriones picoteaba alegremente briznas de semillas o de hierba, una espléndida mariposa batía nerviosa sus alas pintadas con caprichosas combinaciones de colores, mientras se posaba leve sobre el cáliz de una flor.

Franz estaba de cuclillas sobando el lomo de su gato que ronroneaba entornando los ojos, mientras su amo le acercaba un cuenco de leche; entonces, entre aquellos castaños centenarios, apareció ella, y al verla creyó al punto que la había amado toda la vida, y que jamás había contemplado otra visión igual. Pero ¿Era realmente una mujer? Se diría más bien una niña, sí, una hermosa niña, dotada de un esbelto talle, una cara que era casi puros ojos y que abiertos o semi-cerrados, alegres y vivarachos, o lánguidos y adormecidos, eran igualmente bellísimos, y que brillaban como dos chispas de luz, o dos turquesas inigualables incrustadas en el soberbio marco de un rostro de porcelana y oro.

La jovencita, tímida y febril, cómo la Madame Butterfly de la ópera de Puccini, tenía una expresión alegre, confiada y al ver que Franz la observaba detenidamente ella dejó escapar una sonrisa dulce y fresca casi infantil. Franz fascinado por la aparición de quién al instante percibió era dueña de una dulce paz interior, levantó hasta donde le era posible la mano derecha para corresponder a su saludo, y se percató de que aquella imagen, escapada de un cuento de Andersen, mezcla de hada o princesa, o aterrizada de una galaxia fantástica, llevaba los rubios cabellos recogidos por detrás en una cola de caballo y sobre de ellos un ancho sombrero de paja anudado por una cinta cuyas puntas le caían bajo la barbilla e iban a perderse en un cuello con blancuras de alabastro, su atuendo aunque sencillo lucía elegante y se complementaba con una blusa blanca, ligeramente escotada, de mangas bombachas y una falda larga, color azul marino, que si bien ajustada de la cintura no velaba totalmente las formas redondas de la mujercita, por más que se ocultaban hasta el tobillo, sin anular la graciosa figura de su pequeño pie enfundado en unas zapatillas negras.

La joven no era alta, y Franz pensó que si hubiera poseído una estatura demasiado elevada, ello le habría restado ese aire de muñeca fina, impecablemente proporcionada, o mejor aún, de angelito protector de un niño o niña inocente, cuyas alas vaporosas se extendieran con suavidad sobre su cabecita tierna. Al contemplarla le pareció que soñaba, y al inculto atleta fracasado, al exilado del redondel de un circo, no le faltó sensibilidad e imaginación para suponer que aquellas alas, materialmente invisibles, pero ciertas a los ojos del alma; la harían elevarse hasta las alturas de lo sublime, allá donde el aire diáfano tiene misterios de eternidad, y hasta donde no podrían llegar jamás: lo impuro, lo grotesco y lo vil.

La joven buscó una banca del parque y desempacó un violonchelo que hasta ese momento Franz se percató que llevaba sujeto a la espalda atado con tirantes. Sacó el instrumento de su estuche de lona y armó un pequeño atril, sobre el que extendió la página extraída de una carpeta que recargaba contra su pecho, desprendió el arco y previa afinación del instrumento se dispuso a posarlo sobre sus cuerdas.

Más que ejecutar la partitura se diría que cantaba cada nota, engarzando una melodía suave, armoniosa, acorde con el maravilloso rostro de la artista, seguramente poseedora de un espíritu refinado, haciendo brotar de sus dedos finos, cuya elegante belleza hubiese inducido a un pintor renacentista a plasmarlos en una tela hecha para admiración de las generaciones por los siglos, una melodía dulce tan dulce, tan etérea, como la que habrían de ejecutar los arcángeles en los conciertos celestiales, y que aquella divina criatura, embajadora de mundos insospechados, esparcía benévola y liberal sobre la tierra.

La maga que leía su partichela, trasformando los puntitos negros sobre el papel en sonidos maravillosos, se iba contagiando gradualmente de su propio encantamiento, y su carita, condenación de todos los primores, depósito de todas las excelencias, se iba tornando alternativamente en seria, risueña, pensativa o alegre, mientras su pecho se agitaba, sus labios temblaban ligeramente, los ojos se entrecerraban y todo su cuerpecito mezcla de niña y de mujer, se estremecía; entonces poseído de aquel

enervamiento semejante al del insecto que es atraído irresistiblemente por la luz que persigue, Franz se detuvo a oírla casi hebetado, con la devoción que un místico o derviche escucharía los timbres de las esferas siderales o la reverencia de un lama budista a quién le ha sido permitido asomarse al prometido nirvana donde el sonido se trueca en la perenne alabanza a Alá, a Mahoma o a Jesús.

Con sorprendente agilidad, la instrumentista dio vuelta a la hoja dando comienzo a un aire lento, profundo, donde cada nota exhalaba una queja lánguida, melancólica, y su oyente pretendió que aquella música había sido escrita cómo un leit-motiv para su soledad, y en cada arpegio intuyó que se conjuntaban la melancolía, la tristeza, el desengaño, la nostalgia por un algo ido que nunca llegó; luego, gradualmente el ritmo se fue tornando más vivo y el arco frotó las cuerdas con la obstinación de un rehilete girando sus aspas de colores ante unos azorados ojos infantiles, entonces, la melodía vibró cómo un himno a la vida, cómo el despuntar de una aurora, que se levantara nítida, radiante, lavando el cielo con un aire helado y límpido, o cómo la promesa de un mañana insospechado, donde el anhelo más fervoroso se trocaba milagrosamente en realidad; era el prelude anunciador de la consumación de un ensueño hermoso, magistral y sublime, cuya belleza inefable, sólo pudiera ser expresada en el idioma universal de la música, y que ni siquiera la inteligencia humana con todos sus alcances lograra alcanzar a comprender, pero que a su vez, se dirigía elocuentemente al corazón; y cuando la artista concluyó aquel concierto celestial, Franz que había permanecido en silencio escuchándola, mientras roía nerviosamente la uña de su dedo índice; porrumpió en un aplauso entusiasta, cálido, sincero, que proclamaba su exaltada admiración y era cómo una ofrenda de gratitud por el bien recibido, por el privilegio de haber gozado de aquel deleite insospechado, de haber sido deslumbrado por aquella luz, luz de estrella, de amanecer, de esperanza; y avanzó casi sin cojear hasta situarse frente a la desconocida, sin cesar de aplaudirla con el respeto y la veneración que sólo puede inclinarse ante la más suprema expresión del ser humano: el arte.

-11-

La intérprete se levantó de la banca e hizo una elegante reverencia. ¡Qué profunda gratitud había en su mirada! Animado por su amable gesto Franz se adelantó más, y ella sonriéndole francamente le preguntó:

-¿Te gustó? Toqué El Cisne de Camile Saint-Saens.

Aquel tuteo que era cómo una invitación a acercarse a aquella espléndida criatura le acabó de seducir y con los ojos brillantes de felicidad respondió.

-¡Me encantó!

-Espero que también a mis maestros les agrade. Es la obra que he preparado para mi examen.

Franz titubeó.

-¿Y por qué no habría de gustarles?

-Son muy exigentes.

-Pero la ejecución ha sido perfecta, impecable.

Gracias. Eres muy generoso.

-Me llamo Franz. Franz Constantinescu, a los pies de usted señorita.

-Yo soy Daniela –y alargó su manecita que el volatinero se apresuró a besar, dichoso de tocar aquella carne, de mirar más cerca aquel rostro armonioso, en cuya frente jugaban los cabellos rubios.

-¿Entonces es usted estudiante?

-Sí. –respondió la joven- desde pequeña estudio este instrumento, pero su aprendizaje es muy largo.

Franz alcanzó a percibir que en su labio superior jugueteaba una ligerísima pelusilla rubia, y admiró casi pasmado aquella boca primorosamente dibujada, donde los labios imitaban los pétalos de una flor prodigiosa y declaró con satisfacción:

.-Mi padre también era músico.

-¿De veras? –preguntó ella entusiasmada, tal si el saberlo fuera una gran noticia que la alegrara.

-Sí. –Reafirmó Franz- tocaba el trombón y el violín, aunque me temo que no pudo llegar a ser precisamente un virtuoso, si no mal recuerdo me contaba que apenas pudo asistir un año o dos a la escuela de música, pero se ganaba la vida tocando en el teatro y en el circo.

-¡Y tú también tocas algún instrumento?

-Ninguno Mi padre quería alejarme de eso, pretendía que hiciera otra cosa, que aprendiera un oficio, algo que me facilitara el modo de vivir.

-¿Y entonces?

-Desoí sus consejos y me volví artista del circo.

-¿Del circo? -Preguntó la joven con los ojos asombrados cómo si se le quisieran salir de las órbitas.

-Sí señorita. Trabajé en el algunos años hasta que sufrí un accidente.

-¿Un accidente? ¿Qué accidente? -Interrogó ansiosa.

-Me caí una noche, y tuve que retirarme...

-¿Te caíste? ¿De dónde te caíste?

-Del trapecio. Era trapecista y hacía ejercicios allá arriba.

-Debe de ser maravilloso, pero muy difícil ¿No es así?.. y además se correrán muchos peligros.

-Es cómo cualquier otro oficio, siempre hay riesgos, y hay que saberlos afrontar, porque una pequeña falla puede resultar fatal.

-¿Y al caer, te debiste haber lastimado mucho, verdad?

-Sí. Aunque el golpe afortunadamente fue amortiguado por un colchón que había sobre el piso de la pista.

-Lo siento. -Dijo Daniela visiblemente compungida, entonces Franz intentó tranquilizarla y con una débil sonrisa agregó:

-No debí habérselo dicho, fue una imprudencia, pero se me salió sin querer, y además es la verdad y no me gusta mentir nunca.

-¿De dónde eres? -Preguntó la muchacha al ver su aspecto de extranjero y la dificultad con que arrastraba el alemán.

-Soy de Rumania. Una pequeña nación sometida desde la antigüedad por los extranjeros. Nací y me crié en Bukaresti la capital. ¿Y usted señorita?

-¡Adivina! -Le dijo con una sonrisa llena de ingenua picardía.

Franz no supo de pronto de donde podía provenir aquella preciosidad, pero el hombre galante que aún quedaba en él, imperó sobre su falta de educación académica y respondió sonriente:

-¡Del paraíso!

-¿Del paraíso? -Repitió Daniela desternillándose de risa- ¡Qué ocurrencia! ¡Te juro que a nadie se le hubiera ocurrido decírmelo! ¡Sólo a ti! ¡Eres muy amable!... pero no vengo de ningún paraíso. Soy italiana, nací en Bérgamo, una pintoresca ciudad perteneciente a la Lombardía, y he venido a estudiar música aquí.

-¡Y le gusta Viena?

-Bueno, tanto cómo gustarme, acepto que es la capital mundial de la música, pero preferiría estar en mi casa, con mi familia; aquí vivo sola, antes compartía la habitación con otra chica, y nos entendíamos casi a señas... ¡Era sueca! Pero decidió retornar a su país...

-Yo también vivo solo -confesó Franz- y claro, al principio, se me hizo muy difícil, sin un amigo, pero uno termina por irse acostumbrando, aunque tengo por compañero a Nerón.

-¿Nerón? ¿No se había muerto ya?

-Así se llama mi gato, y resulta mucho más inocente que el emperador romano, aunque también suele ser cruel con los ratoncitos que pesca por ahí.

-Entonces, mi novio es mucho más inofensivo.

-¿Su novio? ¡Tiene usted novio?

-¡Claro! Y por él estoy aquí.

-Debe de estar muy enamorada. -Dijo Franz repentinamente celoso y como desencantado..

-Te lo presento. -Dijo Daniela y adelantó el chello, riendo alegremente, y Franz aliviado también soltó la risa.

-¿Es un novio pacífico?

-No tal. -acusó ella con un gracioso mohín- nada más lo dejó abandonado un día y al otro ya no me responde igual -y agregó con un gesto entre dolida y enojada- quiere que esté siempre con él.

-¡Qué dichoso! -dijo Franz suspirando.

Daniela volvió a empuñar el arco y empezó nuevamente a tocar. El volantín no perdía una sola nota embriagado por aquella música deliciosa ejecutada por un hada celestial. La mañana se había iluminado, el sol resplandecía, el cielo sin nubes, semejava un infinito zafiro y el Prater, convertido en una escenografía de ballet lucía todas las tonalidades del verde, tal si toda la naturaleza se hubiese

congregado para hacerle marco a aquel feliz encuentro, y Franz aspiró plenamente el aire, al que de pronto parecieron sumársele la frescura de todas las aromas. ¡Era el homenaje de las flores, para su soberana: la rara flor de carne que se llamaba Daniela!

-12-

Desde aquella mañana en que se habían conocido y en la cual ella le prometió regresar, cambió radicalmente la vida del pobre derrengado, en el fondo de cuyos inútiles días bostezaba indolente la soledad.

Entonces, cuan presto se convertía en el ser más feliz cuando la veía llegar con su violoncelo colgado a la espalda, porque mientras más oscura ha sido la noche, mucho más clara y radiante parece la madrugada; cuan presto se debatía en la melancolía, la tristeza y hasta en la desesperación cuando trascurrían ya no se diga días, sino simplemente horas, en que ella tardaba en aparecer de nuevo. Entonces, él, que se había pasado toda la mañana atisbando su llegada, sentía que al divisarla su corazón se aceleraba con una fuerza descomunal, experimentando plena, gozosa, absoluta, una profunda e inexpresable felicidad, de la que nunca había realmente conocido ni siquiera su sombra, ni aún en los mejores tiempos en que creyó haberse enamorado de Ewa o aguardaba a que Zocha terminara de quitarse la capa de excesivo maquillaje para salir a beber una cerveza en su compañía.

En esos momentos, volver a contemplar aquella delicada joven, disfrutar su bellissimo rostro, sus palabras, su sonrisa, le inyectaba ese contagioso gusto por la vida, que en su juventud alguna vez, llegó a saborear cuando propenso a las ilusiones se sumía en sueños maravillosos, que presentía nunca habrían de realizarse; y que hoy al presenciar cómo Daniela le concedía con generosidad el favor de su compañía y de su amistad, veía con creces cumplidos, asombrándose de cómo en su existencia, tan triste, tan ayuna de ternura, y tan necesitada de compañía, había aparecido algo tan hermoso, tan inesperado, que aún viviéndolo no acababa de creer, ni mucho menos de alcanzar a medir o a valorar, entonces sentía que se le desbordaba el corazón de agradecimiento, y el ideal, ese pisoteado ideal, que en la insípida época del utilitarismo aparecía burlado, apabullado, aniquilado, volvía a revolotear en su pensamiento, con la dinámica energía que hace volar incesantemente de una flor a otra, a una variopinta mariposa, tanto más huidiza cómo inatrapable.

Y el renuente romántico que aún quedaba en él, empezó primero a admirarla con todas las fuerzas de su alma, porque escuchándola tocar sus días se endulzaban, y luego, por aquellas horas doradas en que ella le brindaba su confianza, se fue enamorando, hasta compendiar en aquel amor la única razón de su existencia, y más tarde, cuando Daniela le fue descubriendo gradualmente toda la nobleza y los buenos sentimientos que anidaban en su corazón, permitiéndole así asomarse hasta la profundidad de su alma; acabó por adorarla, convencido de que la gracia física que había cautivado de pronto sus sentidos, era apenas la corteza, de la otra belleza, la que no puede describirse con palabras, la inefable hermosura del alma.

Y el amor nació, brotó a raudales, cómo la flor sale de un tallo, cual surge una estrella en la comba lapislázuli de una noche lunada, gratuitamente, suavemente, cómo el infinito amor que Dios prodiga a toda sus criaturas, sin distingos y sin condiciones; por que no hay nada más sublime que el amor que se regala, que no se solicita, ni mucho menos se mendiga, se compra o se alquila; y que se otorga limpio, immaculado, con la misma cordial simpleza que el sol proporciona el calor y la luz.

Y el amor así, se diría que a fuerza de ser indeleble y genuino es infantil. No pretende, no aspira más. No anhela pagos, ni compensaciones, ni hace proyectos para el futuro, porque es en sí pasado, presente y porvenir, porque todo abarca y es todo, porque está más allá del tiempo, del olvido, del desengaño y tal vez hasta de la misma muerte. No es el amor que precisa de la carne para subsistir, porque le basta el espíritu; no la monotonía de la unión o del matrimonio porque lo llena el ideal, no la longitud del tiempo, porque posee la eternidad.

Y cada instante, cada inolvidable instante, oyéndola tocar, contemplándola arrobado, acallando la ternura que se le resbalaba fuera del corazón, conteniendo las lágrimas que se le agolpaban en los ojos anegados por la dicha inmensa de su presencia se trasformaba en una mina de recuerdos... y recuerdos se

hacían sus palabras, su alegría ingenua, su dulzura, sus risas; recuerdos, era el sol convirtiéndose en oro puro el rubio de sus cabellos, recuerdos, sus manos, sus dedos finos ágiles, delicados ¡Dedos de artista!

Recuerdos, su boca, su perfume, recuerdos, las huellas de sus pies hollando el césped, el pájaro que se había posado sobre una rama, atraído por la música, que la maestra de la armonía, la diosa de la ternura, prodigaba con la obsesión dadivosa de prodigar al mundo un átomo de la dulzura que emanaba de su alma como un fluido inagotable; recuerdos, los olores del heno, las despedidas, las promesas de regresar pronto; recuerdos; su silueta disolviéndose en el horizonte muchas veces al declinar la tarde, otras, cuando las clases la urgían, a la hora del cenit; recuerdos, sus pies posándose sobre la arena, dejando testimonio de sus pasos; recuerdos, sus manos diciendo alegres adios mientras se alejaba, rauda a veces, otras lentamente, como si aún deseara quedarse, deslizándose con la suavidad de un ave acuática en un lago de tarjeta postal, como el cisne que ella interpretaba frecuentemente a petición de Franz, ese cisne ebúrneo cuya blancura apenas roza el agua... así era Daniela y así sería recordada siempre, como una visión deslumbradora, como una ninfa que más que caminar flotaba, ó como un sueño, el más hermoso, el que nunca el pobre baldado se habría atrevido a soñar; y que se volvía mujer, música, ideal ... imposible de ser real, y sin embargo, vaciada en aquel soberbio cuerpo de alabastro.

-13-

Y el pobre cirquero despedido del oficio, el campesino nacido en la llanura que era el almacén de Europa, en el que aún persistía la sangre gitana que producía violinistas sin Conservatorio, y artistas sin técnica; el atleta malogrado, vástago de un padre sensible a quién el destino había obligado a vivir de un arte popular, el derrotado a quién había llegado a tentar el suicidio y que en veces pensaba que no hacía falta en la vida, sino que más bien estorbaba o sobraba en ella, la dejaba irse con una sonrisa, en la que se mezclaban ¡Extraña dualidad! la fortuna de haberla visto y la inconmensurable tristeza de volver a quedarse sin ella, así, cuando ella se perdía totalmente, volvía a su tío-vivo, y más que limpiar y lustrar, tornaba a acariciar los caballitos del volatín, pensando en que ella retornaba a sus deberes a sus clases, a su mundo de pentagramas, porque tocar era un religión para Daniela, mientras que para él, verla, adorarla, equivalía a volver a creer en Dios.

Algunas veces, solía quedarse desolado y una estela de amargura se apoderaba de él. Otras, la fría lógica, lo impulsaba a la realidad. A sus años enamorase era tanto como hacer el ridículo y agradecía a sus toscos compañeros de oficio que al menos se abstuvieran de reírse en frente de él, aunque seguramente debían haberlo hecho a sus espaldas.

Una vez se miró en un pedazo de espejo que guardaba en su equipaje ¡Ah! ¡Cómo sufrió entonces al advertirse atrapado en el abismo de la decadencia, de la debilidad, de la cruel invalidez!... y le costaba un penoso esfuerzo reconocer sus años físicos, su incapacidad, su insolvencia económica por no decir su miseria, su inmensa desgracia de no haber sido ni ser nadie, ni representar nada, ni poder ofrecer otra cosa que no fuera aquel amor, aquel amor preñado de lágrimas, que no llegaban a rodar pero que ardían ¡Y le costaba trabajo admitir que era sólo un infeliz! Y reconocerse ¡Soy apenas un poco más que esos globos voladores que arrastra el viento y que el veía que los chiquillos lanzaban al cielo para que lo exploraran a su capricho! Entonces el infortunio y la tristeza se apoderaban de él, porque ahora que conocía la verdadera dicha, se le volvía más tétrico el abismo de la infelicidad, y después de aquellas breves entrevistas, debía retornar de nuevo a su vida solitaria de sombras, amargura y desesperación.

Otras ocasiones el volatinero, abandonaba unos momentos el deber, a las horas en que el parque solía quedarse semi-desierto, entonces vagaba por sus calzadas y se perdía pensando que ni siquiera tenía un amigo íntimo a quién contarle sus tan intensos sentimientos; y se reprochaba por no haber indagado el paradero de Marcus el enano, al menos para escribirle y a su vez poder recibir una carta de vez en cuando; sus vidas se habían distanciado, y aunque recordaba con afecto al hombrecito, se reprochaba a si mismo su ingratitud, aunque era cierto que había sido testigo de sus tiempos más difíciles, y que ahora deseaba desterrar, borrando aquellas páginas grises que guardaban la traición y el frío abandono de Ewa, el trauma de la caída, la muerte de su pobre padre y hasta su fallido intento de tratar de convertirse en payaso, cuya actuación había resultado un fiasco absoluto ¡Un payaso que no consiguió hacer reír a nadie!

Cavilando en tan deprimentes pensamientos lo distraía a veces el encuentro de una pareja que deliberadamente se ocultaba entre los árboles del bosque silencioso para besarse o acariciarse, protegidos por las sombras cómplices. y Franz los envidiaba.

Pero enseguida aquellas depresivas meditaciones huían cuando la bienhechora imagen de Daniela volvía a ocupar su mente, entonces, hasta se despreciaba, ¿Porqué envidiaba a las parejas si el tenía la amistad, la sonrisa, la compañía y el afecto de la más noble de todas las criaturas? ¿Porqué reclamaba al destino sus fracasos, su soledad, sus desventuras, si ella, la más dulce, la más tierna y misericordiosa de todas las mujeres le concedía el privilegio de su compañía, la virtud de su música, haciéndole partícipe de sus inquietudes, entregándole su confianza, confiándole sus proyectos, y franqueándole en su conversación, sus ilusiones de artista y de mujer? ¿Porqué su descontento, cuando ella, le había asegurado que nunca le olvidaría y que por siempre habría de obsequiarle su amistad? ¿Por qué sublevarse contra el tiempo que había carcomido su juventud, encanecido sus sienes, si a pesar de estar derrengado, viejo, miserable, aquel ángel de bondad, atravesaba media Viena para entregarle cuanto tenía: su candor, su ingenuidad, su pureza virginal, su alegría, su encanto? Ella, que no le había escatimado cortarse el rizo rubio que él guardaba cómo su más regio tesoro; ella, quién no rehusaba compartir su té, o los modestos manjares de su almuerzo; y que no obstante cargar en sus espaldas su instrumento y aprisionar con el brazo derecho el cuaderno con las partituras, con la única mano disponible, la izquierda, portaba un pastelillo, una fruta y hasta un chocolate para venir a compartirlo alegremente en su compañía, ella, dejándole confiada su mano entre las suyas, ella poniendo en su mejilla el tibio beso de la despedida; o recibiendo su abrazo sin repugnancia por sus años, por su insignificancia... ella, siempre sonriente, generosa, prueba irrefutable de la misericordia de Dios que no olvidaba a ninguno de sus hijos, incluyendo por supuesto a los más necesitados.

Ella, ¡Su tormento y su dicha! ¡Su pasión y su gloria! La que con su ternura lo había reconciliado con la vida, porque sintetizaba en sí, la vida misma, ¡La dadora del amor, porque era la expresión misma de todo cuanto alcanzaba a significar el vocablo mas elocuente que han alcanzado a pronunciar los labios humanos!

-14-

Pasaron primaveras y veranos y hasta algún otoño y Daniela fiel a su amistad regresaba una y otra vez al Prater, ya no solamente a practicar sus ejercicios y estudiar sus partituras sino a visitar y conversar con su amigo, fue a él a quién le descubrió sus anhelos de llegar a convertirse en una virtuosa del instrumento, a quién confió recuerdos de su niñez en su pueblo natal, aquel Bérnago que el volantinero conoció casi de memoria prendido en sus descripciones, y mientras bebían el café vienés acompañado de una rebanada de strudel, en tanto la fantasía de ambos vagaba por los Alpes Orobios y los Pre-alpes de Bergamasco que culminan en el Pico de Coca, ¡Ah! ¡Cómo fascinaron al volantinero del Prater los relatos en que su adorada le hablaba de las múltiples bellezas naturales de la región, y con la imaginación la acompañó por las riberas de los ríos Serio y Bembo, que van a desembocar en el lago Como y en el Iseo.

Daniela, cuya niñez y primera juventud se había deslizado entre los olivos, frutales y vides, le refería entusiasmada, cómo aquel acogedor rincón al pie de los Alpes, cuya tradición se remontaba a la época romana, formó parte de la Galia Cisalpina y llevó el nombre de Bergonum, y luego cómo en el año 492 aquella ciudad imperial cayó en poder de los Lombardos convirtiéndose en un ducado que perteneció a la Liga Lombarda primero, y después a la señoría de Milán como ciudad comunal, y en 1430 a la república de Venecia, para quedar finalmente adherida a Austria, resultado de la guerra napoleónica.

Y Franz concebía a su amada orando piadosamente en la vieja iglesia románica de Santa María Maggiore erigida en el año de 1137, o visitando el Palacio Vecchio, o el Broletto de estilo gótico, o mejor aún visitando las salas atestadas de soberbias obras de arte en la Escuela de Pintura.

En las vacaciones escolares Daniela retornaba a su hogar donde era recibida por su padres en medio de grandes demostraciones de cariño sazonadas con suculentos platillos de spaghetti y ravioles; en uno de aquellos viajes Daniela regresó con un regalo para su amigo, un abrigo de lana, refiriéndole además que aparte de las manufacturas de algodón, la industria de la lana y el cultivo del gusano de seda alimentaban muchas bocas; el volantnero agradeció con creces la prenda y empezó a querer aquel lejano pedazo de tierra que había visto nacer a la pequeña gran artista cuya ternura regocijaba su corazón.

Una vez la traviesa muchacha quiso trepar a los caballos y Franz pidió prestada una cámara fotográfica para retratarla dando vueltas en el carrusel medio muerta de risa, otra ocasión, la lluvia la sorprendió y debió refugiarse en el humilde albergue de su amigo friolento y casi tiritando, hasta que unos tragos de té bien caliente la hicieron reponerse y entrar en calor, luego, cuando al fin dejó de llover, el Prater lució cual una esmeralda recién pulida, pero ella, aprovechando que había amainado el aguacero decidió abrocharse el chello y despidiéndose rápidamente echó a correr cual una gacela asustada. Franz la vio alejarse con la tristeza que siempre se quedaba cuando ella se iba, luego, aquella melancolía se iba disipando gradualmente y su corazón que siempre estaba lleno de ella se consolaba, entonces volvía a escuchar cómo un eco misterioso, el timbre juvenil de sus palabras que cuidadosamente guardaba y se repetía una por una, y se extasiaba recordando sus peinados, sus vestidos, el nombre de las obras y de los autores que ejecutaba, y aunque cultivando su melancolía, mientras daba vueltas al volantín, agradecía a Dios por haberla puesto en su camino, porque le había sido permitido besar con devoción y reverencia sus manos blancas, como pechos de paloma, las divinas manos sabias que sabían lo mismo extraer las melodías que curar las llagas del alma.

-15-

Al inicio del invierno el Prater se despojaba de los oros otoñales y Daniela le anunció que el curso terminaba y que ella debía retornar definitivamente a casa.

Franz al oírla sintió que se desmoronaba y sin importarle que en su papel de hombre estaba implícito el mostrarse fuerte, lloró cómo un chiquillo, Daniela conmovida a su vez, navegando en un verdadero mar de lágrimas lo abrazó y por primera y única vez se besaron cómo dos novios enamorados.

Daniela prometió escribirle siempre, y cuando pudiera, hasta venir a Viena expresamente a visitarlo.

Franz consiguió permiso para abandonar una noche su trabajo y ambos fueron a cenar y a brindar a un heuritage donde bebieron vino verde. Algunos turistas que consumían cervezas escandalizaban con sus fuertes voces y hasta medio canturreaban alguna tonada.

Franz y Daniela se miraron sorprendidos de que aquellos momentos de intensa amargura para ellos, tuvieran por eco el vocerío y el escándalo, ¡Qué le importaba al mundo su sufrimiento! Luego, sin tener ya que decirse se levantaron de la mesa y Daniela pidió a su amigo que la dejara ir.

El pobre volantnero no hubiera podido soportar la despedida junto al carrousel donde tantas veces se habían encontrado y prefirió verla desaparecer en la calle iluminada.

Un intenso sufrimiento se adueñó de él cuando la imagen idolatrada se fue esfumando en la oscura bocaza de la noche, y el volatinero del Prater dirigió sus pasos en sentido opuesto a los ella, rumbo a su destino. En el camino con el rostro pálido, llorando cómo un chiquillo, enfrentado no a vivir en la desesperanza, sino en la sin esperanza, pensaba que el amor, lo único por lo que vale la pena vivir, no es para llenar todos los días de la existencia, sino acaso algunas pocas horas de nuestras vidas, ¡Y él, las había tenido bastantes!

Llorar es otra dimensión de la voluptuosidad y él payaso frustrado debió reunir nuevamente todo su valor para continuar viviendo en la más completa soledad ¡La espantosa soledad de amanecer cada día con la certeza de no volver a verla! Con la lividez que delataba la horrible tormenta de la resignación forzada, falta de sueño y sin apetecer ni siquiera un bocado, el infeliz solitario se repetía que todo concluye, que todo termina, hasta la vida misma, pero lejos de temerle a la muerte, se diría que la deseaba, que la imploraba, que la pedía cómo el supremo favor de Dios, ella, la piadosa, era la única que podía poner fin a su sufrimiento; en su delirio, una noche se puso a contar los miserables ahorros acumulados en una lata de salchichas y se alegró al constatar que bastaban para comprar un billete de tercera que le permitiera ir a Bérgamo, pero al instante la sensatez se impuso ¿Tenía algún derecho a inquietarla? ¿Qué podría decirle? ¿Cómo justificaría su presencia sin haber sido invitado? Y ella ¿Acaso se encontraría allí? ¿No le había anticipado muchas veces sus propósitos de viajar y ofrecer conciertos por todo el mundo? Y aún si continuara viviendo en la casa paterna, lo más lógico era suponer que tendría algún pretendiente y entonces, ¿Qué papel jugaría aquel viejo que en nombre de una amistad se atrevía a presentarse de improviso? No. No tenía ningún derecho Su sitio era el que el destino le había deparado: la soledad, la temida soledad. y se ponía a imaginar que también Dios estaba solo, y que el amor, aquel bendito y sublime amor, era cómo las manos de su gatito, suaves en apariencia, pero con las uñas hirientes por dentro; porque que el amor que no se puede matar termina por matarnos, y que la vida, esa vida que defienden hasta el último momento los desahuciados, los terminales que aúllan en los lechos de los hospitales, un día cobra el pagaré que suma todas las faltas cometidas en las reencarnaciones anteriores más los respectivos intereses. Luego, se preguntaba si le hacía tanta falta a Dios ajustarle las cuentas a sus pobres hijos tan imperfectamente humanos y hasta se atrevía a reclamarle a su religión ortodoxa porque nos hace culpables de todo, hasta de pretender ser felices ¡Hasta de amar!

Entonces, se consolaba pensando que pronto habrían de sobrevenir la vejez y con ella la enfermedad y el final, entonces habría de perder totalmente: la virilidad, el apetito, el sueño, las restantes ganas de vivir y hasta de soñar con el goce del amor y la belleza Y mientras tanto ¿Estaba condenado a vivir cómo muerto? ¿O acaso se moriría viviendo?... luego se consolaba pensando que pronto le sobrevendría la edad sin lágrimas, porque habría cesado la época de los lloriqueos, y entonces se asomaría irremisiblemente las cuatro esquinas de la vejez, y la premonición del Buda se cumpliría cabal apareciendo conjuntamente: la caducidad, la decrepitud, la ruina y la tristeza. Cuando así meditaba sentía que llegaba a odiar su vitalidad física, aquella salud de hombre de campo que le había librado de morir en el accidente y le espantó pensar que su final aún estaría lejos, y el sufrimiento en cambio cerca y prolongado; y se horrorizó de acabar así, siendo sólo un poco de pellejo amarillo forrando sus huesos mal soldados, arrastrando aquella nostalgia, preso de aquellos recuerdos, bebiendo la cicuta de su dolor, de su inmenso dolor y desesperado reconoció que si recordáramos menos, sufriríamos seguramente menos y viviríamos mejor.

Y el hombre que subía desafiante al trapecio imploraba al cielo cómo el más acendrado cobarde que Dios se apiadara de él y por ende de todos sus hijos. ¡Si el quisiera liberarnos del destino! ¡Y perdonar nuestros errores! ¡Y hacer que aprovecháramos nuestras experiencias! ¡Si el quisiera librarnos de la muerte en vida! No de la muerte física, sino de la muerte del amor. Y en su desesperación se quedaba meditando en esa estúpida y torpe crueldad de la vida, en ese tener para perder, amar para sufrir, gozar para llorar, y se horrorizó imaginando que aún hasta sus manos, las adorables manos de su Daniela, cuando se convirtiera en una anciana se volverían torpes, se cubrirían de pecas y lucirían huesosas y hasta morenas después de miles de lavadas, para entonces, seguramente él ya no estaría pensando sobre la tierra, pero ella. ¿Le recordaría entonces? ¿Pensaría en él alguna vez? ¿Sus labios volverían a pronunciar su nombre? El nombre del solitario, del fracasado, del excluido...

El cartero se asomó cauteloso.

-¡Es usted el señor Constantinescu?

-El mismo, para servirle.

-Con este domicilio impreciso, era casi imposible localizarlo... y ya ve, se han acumulado muchas cartas y hasta este paquete que traigo.

Franz se levantó cómo movido por un resorte al reconocer la letra de Daniela, y trató con la codicia del hambriento de arrebatarse al hombre aquel tesoro.

-Perdón, pero antes de hacerle entrega debe firmarme aquí...

Franz con los ojos empapados de lágrimas, apenas podía fijar los ojos, y el hombre al verlo le espetó:

-Disculpe ¿Pero está usted llorando? ¿No le agrada que le escriban?

Franz se sonrió para responderle.

-Estoy llorando de felicidad.

¡Y somos tan felices con tan poco!

## EPILOGO

Daniela cumplió cabalmente su promesa y nunca dejó de escribir a su amigo, aunque a veces tardaba un poco más de tiempo en hacerlo, motivada por sus giras, o porque simplemente el correo se retrasaba.

Franz respondía puntual a todas sus cartas y ella le refería minuciosamente cómo eran las ciudades y los teatros donde iba a tocar.

Aquella correspondencia encelaba y exasperaba a Filippo su esposo, quién al entregarle alguna vez una carta de Viena le reprochó.

-Allí tienes, otra carta más de tu dichoso amigo... ¡**El hombrecillo del Prater!**

Al escucharle expresarse con tanto desdén Daniela perdió la calma y le reconvino:

-¿Hombrecillo? No le trates así, porque es al único hombre que verdaderamente he amado en mi vida.